

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Fredy Rivera Vélez

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 18

ECUADOR: S/. 29.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 10.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 568452

e-mail: Caap1@Caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

DDICA

IMPRESION

Albazu Offset

ECUADOR DEBATE

FLACSO - Biblioteca

40

Quito - Ecuador, abril de 1997

EDITORIAL

COYUNTURA

Nacional: Crisis política y retorno al gradualismo / 5 - 20

Marco Romero

Política: La caída de Bucaram y el incierto camino de la reforma política / 21 - 33

Hemán Ibarra

Conflicividad Social: Noviembre de 1996 a Febrero de 1997 / 35 - 44

Internacional: Crecimiento económico y riesgos de marginalización en tiempos de globalización / 45 - 57

Wilma Salgado

Equipo Coyuntura "CAAP"

TEMA CENTRAL

Globalización o nueva división internacional del trabajo / 59 - 71

Jürgen Schuldt

Un recuento de sus mitos: La globalización, el gran invento de nuestro tiempo / 72 - 94

Alberto Acosta

El proceso de globalización económica / 95 - 99

Ana Lucía Armijos

Globalización y la nueva retórica del desarrollo. Introducción al análisis de un régimen internacional / 100 - 122

César Montúfar

Etnicidad y globalización: La otra historia del movimiento de indígenas migrantes en la frontera México-Estados Unidos / 123 - 142

Carmen Martínez-Novo

ENTREVISTA

¿Qué le está pasando al Estado? / 143 - 151

Entrevista hecha por *Ruddy Santana* a

Eric Hobsbawm

PUBLICACIONES RECIBIDAS / 153 - 156

DEBATE AGRARIO

Bioprospección en el Ecuador: Los casos de la Ayahuasca y el Convenio ESPOCH - Universidad de Illinois / 157 - 167

María Sol Bejarano

Causas estructurales de la deforestación en la amazonía ecuatoriana / 168 - 185

Lucía Burgos

ANALISIS

Los enfoques de género: Entre la gettoización y la ruptura epistemológica / 187 - 209

Gioconda Herrera

Género y medio ambiente / 210 - 222

Antonio Romero

Regionalización y descentralización post Bucaram / 223 - 228

Fernando Carrión M.

CRITICA BIBLIOGRAFICA

Identidades indias en el Ecuador contemporáneo / 229 - 231

Coordinador: José Almeida Vinuesa

Comentarios de José Juncosa

Análisis

Los enfoques de género: entre la gettoización y la ruptura epistemológica

Gioconda Herrera (*)

Se puede decir que los significados en disputa sobre el concepto de género giran en torno a la definición de cuál es el sujeto que se busca interpelar: la Mujer, las mujeres, las mujeres y los hombres, o ningún sujeto unificado en especial. La trayectoria del concepto revela tres formas de constitución de un sujeto: el género como sujeto unificado, como sujeto construido y como sujeto de-construido.

"It is not just that God is dead; so is the Goddess"
Donna Haraway¹

Este trabajo presenta una revisión de la trayectoria de los enfoques de género en la literatura anglosajona en los últimos treinta años. En una primera parte, se reseña el paso de una búsqueda del origen de la subordinación femenina, pregunta que ocupó a las feministas en los 70', hacia el estudio de las formas de dominación. Es decir, se examina el proceso en el que el pensamiento feminista dejó de preguntarse el por qué y concentró sus esfuerzos en desentrañar el cómo. Este giro ha influido profundamente en la utilización del concepto de

género como objeto de conocimiento y como sujeto de políticas públicas. Este asunto es analizado en la segunda parte, tomando como ejemplos el campo de la historiografía y el discurso del desarrollo. Este trabajo busca resaltar los varios significados políticos y epistemológicos en disputa sobre las relaciones de género en los noventa como un primer paso para dilucidar los alcances, limitaciones y potencialidades de este concepto en el análisis de nuestras sociedades.

Tomado de la gramática, el término género empezó a ser utilizado por las

(*) Socióloga. PHD (c). Columbia University. Profesora de la PUCE.

1. "No sólo Dios ha muerto, también la Diosa" en "A Manifesto for Cyborgs" en L. Nicholson (ed.) **Feminism/Postmodernism**, Routledge, Nueva York, 1990.

ciencias sociales en los países anglosajones, bajo la influencia del movimiento feminista de los 60's y 70's, para denotar la construcción social y cultural de las diferencias sexuales. Se buscaba con ello marcar una clara distinción respecto a las explicaciones biológicas de las diferencias sexuales. En ese sentido, en contraposición al sexo, el género permitía entender a las diferencias y asimetrías sexuales como históricamente construídas y por lo tanto, susceptibles de cambio.

Treinta años después, la palabra "género" ya no ocupa únicamente el discurso académico de los países centrales o el lenguaje político de grupos feministas, sino que ha penetrado el discurso del desarrollo, del control poblacional, de la ecología y en general el conjunto de políticas diseñadas por las agencias internacionales de asistencia al desarrollo en la periferie. Mas aún, ésta es la principal vía a través de la cual nos han llegado las discusiones acerca de las relaciones de género, dejando de lado muchas de las reflexiones epistemológicas que la teoría feminista ha levantado en los últimos treinta años.

En términos generales, dos procesos caracterizan la recepción de las problemáticas de género en el ámbito del discurso del desarrollo. Por un lado, asistimos a una recepción despolitizada del término, mediatizada por la burocracia estatal y las agencias de desarrollo, en que la dimensión de género asume un carácter instrumental, pedagógico y prescriptivo, más que analítico. El género se convierte en un factor a sumar en la estrategia general de desarrollo. Es hoy un lugar común el sostener que el combate contra

la pobreza, si quiere ser efectivo, debe necesariamente tomar en cuenta las diferentes posiciones estructurales que ocupan hombres y mujeres en determinada organización social y de ello se ocupan actualmente un sin número de organizaciones intergubernamentales, gubernamentales y no gubernamentales en todo el mundo en desarrollo.

En gran medida se ha privilegiado el carácter normativo, que supone todo diseño de políticas, por sobre un ejercicio de interpretación de las específicas jerarquías sexuales en juego en una sociedad determinada. Con ello, el carácter histórico y cultural de las diferencias sexuales aparece subsumido en enunciados generales, pierde especificidad y por tanto, se aleja de su inicial impulso crítico. Esta tendencia a la omisión del ejercicio interpretativo por el "deber ser" ha colocado al término "género" en un rol de variable descriptiva, en el mejor de los casos, más que de categoría analítica. En consecuencia, la pregunta fundamental ha dejado de ser qué nos informan determinadas configuraciones de género sobre la sociedad en que vivimos y se circunscribe a indagar cuál es la situación, la mayoría de la veces, de las mujeres en un particular entorno, actividad económica, coyuntura histórica, etc...

Por otro lado, esta visión instrumental contrasta con la diversidad de actores que interpela el concepto de género. Una de las consecuencias más importantes de la internacionalización del debate sobre las desigualdades de género ha sido el develar la heterogeneidad de configuraciones de género y la multiplicidad de interpre-

taciones y discursos normativos que se han ido forjando alrededor del término.² Esto ha reactivado el debate alrededor del significado mismo de la palabra género, de su validez para conceptualizar las diferencias sexuales y de las consecuencias normativas que conlleva su utilización en determinadas políticas.

La acalorada discusión acerca de la inclusión de la palabra género en los documentos preparatorios para la Conferencia Mundial de las Mujeres en Beijing, fue una expresión de las tensiones políticas que todavía genera la sola utilización del término. El debate suscitado revivió la pertinencia de la dicotomía sexo-género, que en círculos académicos parecía ya totalmente legitimada, y paradójicamente, dos posturas políticas radicalmente contrapuestas abogaron por la utilización de la palabra "sexo" para denotar las diferencias entre hombres y mujeres.³ Para los delegados del Vaticano, apoyados por numerosos grupos fundamentalistas y varios gobiernos latinoamericanos, el usar sexo y no género significaba conservar el carácter "natural" (biológico) de las diferencias sexuales que la palabra género amenazaba con borrar, desvirtuando con

ello lo que para la Iglesia Católica constituye el papel fundamental de las mujeres; su rol de madres.⁴ Por otro lado, las agrupaciones de lesbianas reclamaban la inclusión del sexo y la sexualidad en los debates, no como expresión de diferencias biológicas sino todo lo contrario; se trataba de superar la dicotomía género/sexo y concebir a la orientación y las prácticas sexuales como tan cultural y socialmente construidas como el género. En definitiva, mientras ciertos sectores, nostálgicos de definiciones universales, buscaban una "rebiologización" de las diferencias sexuales, otros en cambio estaban planteando el reconocimiento no sólo de la particularidad de su experiencia social, sino de los límites del concepto género en tanto portador de un conocimiento universalista y ahistórico de las asimetrías sexuales. (Butler, 1990). Estas dos posturas polarizadas expresan la necesidad de reconocer el carácter parcial, contextual e históricamente específico del término, introduciendo con ello el dilema entre universalismo y particularismo, dilema que la teoría feminista enfrentó desde sus inicios (Nicholson, 1986) y que a retomado importancia con la internacionalización del discurso de género.

2. En las 4 cumbres mundiales auspiciadas por Naciones Unidas en lo que va de la década (Rio de Janeiro 90, Cairo 93, Copenhagen 95, Beijing 95), la dimensión de género se ha constituido en un elemento central de discusión en temas de medio ambiente, población y políticas sociales. Estos eventos y los seguimientos de las resoluciones acordadas por parte de diversas agrupaciones de la sociedad civil han contribuido a una progresiva difusión de las problemáticas de género en los países receptores de asistencia internacional.

3. Estas ideas fueron discutidas por Judith Butler, en la Conferencia "Politics of Contingency, Politics of Conviction", New School for Social Research, 27 de abril de 1996, Nueva York.

4. Para un análisis de la influencia de la posición del Vaticano en los gobiernos latinoamericanos post Beijing ver Jean Franco "The Gender Wars", NACLA, Vol. XXIX, No. 4, Jan/Feb 1996.

En definitiva, treinta años después de su enunciación, están todavía en disputa varios significados políticos y epistemológicos para las relaciones de género, como objetos de conocimiento y como sujetos de políticas públicas. De ello se desprende la necesidad de reflexionar sobre la trayectoria del concepto de género dentro de las ciencias sociales, como un ejercicio interpretativo que permita evaluar sus potencialidades para delinear nuevos instrumentos analíticos. A continuación presento una revisión de las teorías orientadas a explicar el origen de las asimetrías sexuales (1) y las principales críticas que estos modelos han suscitado, principalmente desde el post-modernismo (2). En una segunda parte se presenta la evolución de estas diversas tendencias teóricas en dos campos específicos, la historia (3) y el discurso del desarrollo (4).

Interpretaciones universalistas de las desigualdades sexuales

En parte debido a la influencia del trabajo de Simone de Beauvoir, el análisis de las desigualdades de género en la academia norteamericana hasta mediados de los años 80 tomaron como base epistemológica el principio de alteridad. Para De Beauvoir, la identidad femenina había sido históricamente reducida al estado de "Otreidad", forjándose como negación de la identidad dominante, representada por lo masculino. Este principio dicotómico fue la base de contraposiciones tales como historia y naturaleza, conciencia y cuerpo, voluntad y facticidad en la definición de lo masculino y lo femenino. Si bien De Beauvoir fue muy criticada

por presentar una visión masculinista de lo femenino, en la que, por ejemplo, el cuerpo de la mujer y sus funciones reproductivas son denigradas (Benhabib, 1992), la teoría feminista setentista retomó este marco dicotómico como principal referente para la formulación de sus conceptos y la delimitación de sus áreas de investigación. Se trataba de reflexionar sobre esa Otreidad y los espacios que ocupaba. A partir de allí, se multiplican los trabajos centrados en analizar la esfera doméstica, la relación madre-hijos/as y en general el espacio reproductivo como representativo de esa otreidad femenina que debía ser reconocida como social y no natural y, por lo tanto ser reinterpretada como un conjunto de experiencias históricamente significativas. En ese sentido, las principales preocupaciones teóricas de las feministas en los setenta fueron, por un lado, buscar los orígenes y las causas de la desvalorización de los roles sociales asignados a las mujeres, y la consecuente asimetría en las relaciones de género, y por otro, una reconceptualización de la subjetividad femenina a partir de las experiencias de las mujeres y no de una condición de negación.

Estos objetivos se enfrentaban al dilema interpretativo de la enorme variedad de roles y prácticas asignadas a hombres y mujeres en diferentes culturas y en distintos tiempos históricos y, por ende, a la relevancia o no de las experiencias particulares de estas-as en la definición de determinadas configuraciones de género. Tanto la antropología como la historia social, más proclives al estudio de la familia, la vida cotidiana y los aspectos

reproductivos antes de que se generalice una lectura desde el género en otras disciplinas, venían documentando desde hace algunos años la enorme diversidad de configuraciones de género existentes (Rosaldo, 1974). Paralelamente, evidencia antropológica también atestiguaba sobre la tendencia aparentemente universal de desvaloración cultural de los roles y prácticas asignados a las mujeres (Ortner, 1974). En ese sentido, el primer dilema político y teórico de las feministas fue la necesidad de reconciliar la evidencia sobre la diversidad histórica de roles sexuales con la aparente subordinación universal de las mujeres. En definitiva, en palabras de Gayle Rubin, se trataba de encontrar una teoría que dé cuenta de la opresión de las mujeres en su "infinita variedad y monótona similitud".⁵

En esta línea se sitúa el aporte de la antropóloga estructuralista Michelle Z. Rosaldo. Partiendo de la diferenciación Weberiana entre poder y autoridad, Rosaldo planteaba que si bien en muchas sociedades las mujeres gozaban de ciertos espacios de poder e influencia, este poder no era culturalmente legitimado sino más bien concebido como manipulador, informal o disruptivo. Para Rosaldo, esta situación era producto de un "hecho cuasi universal de la experiencia humana. El hecho de que en la mayoría de sociedades tradicionales gran parte de la vida adulta de las mujeres se centre en la maternidad y el cuidado de los

menores ha producido la separación entre una esfera de actividad doméstica y otra pública" (Rosaldo, 1974:23). Lo doméstico es definido como las instituciones y actividades organizadas alrededor de mujeres y niños, lo público viene a ser el conjunto de actividades e instituciones que relacionan, organizan y subsumen a grupos de mujeres y niños. En otras palabras, para Rosaldo, las mujeres ejercen principalmente actividades domésticas debido esencialmente a su rol de madres. La oposición entre lo público y lo privado se constituyó en el marco estructural fundamental para analizar roles sexuales asimétricos. Siendo ésta considerada un rasgo universal, las variaciones de cultura a cultura indicaban meras distinciones graduales. La dicotomía entre público y doméstico se convirtió en el punto de partida de numerosos análisis de la subordinación de las mujeres dentro y fuera de la antropología. Ortner complementa la oposición público/doméstico con la contraposición entre naturaleza y cultura para explicar la valoración cultural inferior de las mujeres. Para Ortner, nociones culturales de lo femenino gravitan alrededor de características naturales o biológicas como la fertilidad, la maternidad, el sexo y esto las coloca en una posición de inferioridad frente a lo masculino, concebido como representante de lo cultural. Más aún, roles culturales comúnmente atribuidos a las mujeres, como la cocción de alimentos o la socialización de

5. Citado en Linda Nicholson, *Gender and History*, Columbia University Press, Nueva York, 1986.

menores, son consideradas conversiones culturales de segunda categoría (Ortner, 1974.)

Este enfoque estructuralista también serviría de base para análisis sobre la formación de identidades y personalidades femeninas y masculinas. Partiendo del psicoanálisis y de 3a teoría de relaciones objetales, Chodorow (1978) sostiene que las niñas forman su identidad femenina en un proceso interactivo de continuidad con la madre, proceso concebido como cuasi "natural". Los niños, en cambio deben romper con el ámbito familiar para "adquirir" su identidad masculina. La particular división sexual del trabajo al interior de la familia en el mundo moderno, expone a las mujeres y niñas a relaciones interpersonales y afectivas en mayor medida que a los hombres y esto deriva en un desarrollo de la personalidad distinto en hombres y mujeres. Estas últimas desarrollan una personalidad con orientación hacia necesidades relacionales mientras los varones desarrollan una personalidad que privilegia procesos de diferenciación y ruptura. En otras palabras, para Chodorow, la identidad masculina se define a través de la separación mientras que la femenina se plasma en continuidad con la madre.

El aporte de Chodorow consistió en demostrar que tanto las explicaciones biológicas (acerca de los instintos por ejemplo) como las teorías de socialización resultaban insuficientes para

explicar la reproducción de las prácticas maternas en las mujeres y más bien sitúa el análisis en el terreno de la identidad y el desarrollo de una determinada subjetividad.⁶

La lectura que hace Chodorow de la formación de la identidad femenina constituiría el punto de partida para rescatar lo que se denominó "la experiencia femenina", preocupación fundamental del feminismo setentista, ejemplificada por el trabajo de la psicóloga Carol Gilligan, *In a Different Voice*. A partir de una crítica a la teoría evolutiva de desarrollo moral de Lawrence Kohlberg, Gilligan sugiere un modelo alternativo de la formación del juicio moral que corrija la exclusión de las experiencias femeninas de modelos anteriores. Gilligan presenta dos formas distintas de pensar las relaciones interpersonales y asocia estos dos modos con voces femeninas y masculinas. Para Gilligan, en las teorías tradicionales de desarrollo moral como las de Kohlberg, las mujeres demuestran un menor sentido de justicia porque sus juicios están más influenciados por sentimientos de afecto y hostilidad siendo esta orientación "afectiva" evaluada como negativa. Gilligan propone reinterpretar esta orientación hacia lo relacional y lo interdependiente como una forma más contextual de alcanzar juicios morales en la que el Yo no es un individuo autónomo sino que está inmerso en una red de relaciones. Se trata de una

6. El trabajo de Chodorow (**The Reproduction of Mothering**, University of California Press, 1978, Berkeley) relativiza, entre otras cosas, la importancia del entorno en la definición de roles masculinos y femeninos. Por ejemplo, el socializar a un niño con muñecas y a una niña con camiones son elementos totalmente secundarios en la definición de las identidades de género.

concepción de la moralidad centrada en la responsabilidad y las relaciones tan válida como aquella basada en derechos y reglas. Para Gilligan, el problema de lo moral surge de responsabilidades conflictivas más que por competencia de derechos y por ello requiere de un marco de resolución contextual y no solamente formal y abstracto (Gilligan, 1981).⁷

El trabajo de Gilligan fue paradigmático en lanzar una línea de estudios orientados a "rescatar", "corregir" "volver visible" lo que unitariamente se concebía como "la experiencia femenina." Esta tendencia hacia la creación de un campo específico de conocimiento y acción hacia "la mujer", concebida como un todo homogéneo, se reflejó tanto en la forma cómo se institucionalizaron los estudios de la mujer en la academia (ésta es la época en que se multiplican los diplomas de estudios sobre "la Mujer" en la academia norteamericana) como en las temáticas que se priorizaron en la investigación. Desde distintas disciplinas de las ciencias sociales se produjeron

numerosos estudios orientados a reconstruir a la mujer como sujeto activo de la historia -una historia "de mujeres"-, a "visibilizar" su papel en la producción y "corregir" las estadísticas económicas para dar cuenta de su verdadero papel en la economía, a rescatar su función en la reproducción para "develar" el carácter social y no natural o ahistórico de su participación en la familia y otras instituciones sociales. En definitiva, se buscaba dar cuerpo a esa "Otridad" femenina que se pensaba había estado oculta, silenciada, invisible. Partiendo de la premisa de la existencia de una subjetividad femenina, de una diferencia esencial, recién descubierta, coherente, unitaria y universal, los enfoques de género debían trabajar para que esta experiencia femenina logre penetrar los ámbitos masculinistas del conocimiento. Paradójicamente, la forma cómo se institucionalizó este conocimiento y el tipo de estudios que se llevaron a cabo (y fueron promovidos), produjeron una dinámica que en lugar de "visibilizar" más bien fue progresivamente ais-

7. El trabajo de Gilligan ha recibido numerosas críticas en diferentes direcciones. Se le acusa de rescatar la "voz de la sumisión" en lugar de buscar su transformación (MacKinnon, 1985), su análisis ha sido considerado etnocéntrico pues lo que Gilligan identifica como voces femeninas podría también ser pensado en términos de diferencias culturales y sociales (Stacks, 1994), por último también se considera que a pesar de que una de las intenciones de Gilligan es provocar una ruptura epistemológica que corrija una desviación masculinista dentro de la psicología, lo que en realidad ofrece su teoría es remplazar una voz excluyente por dos voces igualmente excluyentes, es decir no logra salirse de la dicotomía hombre-mujer (Nicholson, 1986, Scott, 1990).

lando y hasta gettoizando a los estudios de género.⁸

Una segunda versión del origen de la subordinación femenina, menos esencialista pues le otorga un carácter histórico, pero que todavía mantiene pretensiones universales, fue la desarrollada a partir del marxismo y más concretamente a partir de Engels. En *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels ofrece un marco explicativo evolucionista de la articulación entre formas familiares y el surgimiento de la desigualdad económica y política. Para éste, la organización comunal ofreció a las mujeres su experiencia más democrática. El surgimiento de la propiedad privada implicó la adopción de un modelo familiar particular, la familia monogámica y esto significó la expulsión de las mujeres del ámbito productivo, su progresivo confinamiento a lo doméstico y su subordinación. Seguidoras de esta tesis, como Leacock (1972, 1978, 1983) asumen una correspondencia entre la formación del Estado y la degradación del estatus de las mujeres. Para Lea-

cock, las jerarquías de género y las desigualdades de clase tienen un origen común. El desarrollo de las fuerzas productivas, la especialización económica y el crecimiento del intercambio determinaron el surgimiento de la familia nuclear, como la institución social fundamental de mantenimiento y transmisión de la propiedad privada. Esto a su vez convirtió a las actividades de las mujeres en servicio privado para los hombres. Para Sacks (1974, 1982), que estudia las sociedades africanas, el estatus de las mujeres se deterioró a medida que el desarrollo económico y político de estas sociedades se volvió más complejo. El Estado erosionó el estatus de las mujeres al dismantelar las funciones económicas y políticas de los grupos de parentesco.⁹ En definitiva, a diferencia de las estructuralistas, la división entre lo público y lo doméstico para estas autoras, era producto de la evolución de sociedades sin Estado hacia sociedades centradas en el Estado.

Estos dos enfoques explicativos sobre el origen de relaciones de género

8. De acuerdo a Joan Scott, cuyos planteamientos exponemos en la segunda parte de esta artículo, el progresivo aislamiento de los estudios de género se debe fundamentalmente a un uso descriptivo más que analítico de la categoría de género. En el campo de la historia, la enorme cantidad de trabajos sobre mujeres contrasta con el lugar marginal que todavía se les asigna dentro de la disciplina. Esto, para Scott, se debe principalmente al hecho de que las perspectivas de género no han cuestionado los conceptos centrales de la disciplina. No ha sido suficiente el demostrar que las mujeres sí tienen historia o que han participado activamente en los eventos más importantes de la historia occidental. La reacción de la mayoría de historiadores ha sido un reconocimiento acompañado de aislamiento de estos trabajos (dejemos que las mujeres hagan historia de la familia y del sexo y nosotros sigamos haciendo historia económica y política) o de frontal desinterés (mi comprensión de la Revolución francesa no cambia con saber que las mujeres participaron en ella). (Scott, 1990, 30).

9. Para una revisión y una crítica a los trabajos influenciados por las tesis de Engels ver Irene Silverblatt "Interpreting Women in States. New Feminists Ethnohistories" en Di Leonardo (Ed.) *Gender at the Crossroads of Knowledge*, University of California Press, Berkeley, 1991.

asimétricas implicaron el desarrollo de diferentes polos de investigación y de distintas propuestas políticas. Como expuesto anteriormente, para las seguidoras de una visión estructural de las desigualdades de género, el eje de las desigualdades de género radicaba en la división sexual del trabajo y el locus de análisis fue el ámbito de la reproducción. En ese sentido, una transformación de las relaciones de género debía darse a partir de una modificación de la división sexual del trabajo. La participación igualitaria de hombres y mujeres en los aspectos reproductivos de la familia (socialización y cuidado de los menores) se presentaba como una necesidad ineludible si se quería remediar la situación de subordinación de las mujeres y la devaluación de las identidades femeninas.¹⁰ Los trabajos de las marxistas se centraron más bien en la articulación socioeconómica entre aspectos productivos y reproductivos y la relación del trabajo femenino con los recursos productivos. De allí se pensó que el eje para modificar la organización social desigual de las relaciones de género radicaba en el reconocimiento del papel productivo de las mujeres en algunos casos, o en su inserción en la esfera de la producción, en otros. (Sacks, 1989).

A pesar de estas divergencias, de acuerdo a Nicholson (1995) y Scott (1991) estas dos orientaciones teóricas compartían un marco interpretativo común, producto de su búsqueda por construir posiciones de género binarias con pretensiones universales. Para las dos escuelas averiguar el origen de la subordinación femenina constituía la tarea fundamental de la teoría feminista y para ello, parten de la dicotomía entre lo público y lo privado basada en una división sexual del trabajo que se origina en las funciones reproductivas de las mujeres (fertilidad, maternidad, lactancia). A pesar de que las feministas de los setenta buscaban levantar sus teorías en contra de explicaciones biológicas, en última instancia, su análisis de las diferencias sexuales tiene fundamentos biológicos. Esto es lo que Nicholson ha denominado fundacionalismo biológico, advirtiendo su presencia en los enfoques de género de todas las disciplinas de las ciencias sociales.¹¹

El rompimiento con el Universalismo

A finales de los ochenta, el movimiento de mujeres había alcanzado un carácter multifacético y global. Dife-

10. Uno de los planteamientos políticos más influyentes que impulsaron las feministas norteamericanas en los 70' fue precisamente el de "share parenting". La participación igualitaria de padres y madres en el desarrollo físico y emocional de los hijos permitiría una revolución en la organización social de las relaciones de género. (ver Nancy Chodorow, "Women's mothering and women's liberation" en **The reproduction of mothering**, University of California, 1978, Berkeley, Pg. 211-219).

11. Linda Nicholson en "Interpreting Gender" (*Signs*, Vol. 20, verano, 1995) diferencia entre el determinismo biológico que atacaron las feministas estructuralistas de los 70' y el fundacionalismo biológico. El primero no toma en cuenta ningún aspecto social y cultural en la explicación de las diferencias sexuales. El segundo, centra su análisis en la construcción social y cultural de las diferencias sexuales pero, en última instancia, por su afán de encontrar un origen a estas diferencias, funda su análisis en aspectos biológicos.

rencias más que similitudes parecían marcar la pauta del movimiento feminista y se empiezan a cuestionar tanto su poder aglutinador como su misma razón de ser. Desde su práctica política específica, mujeres tercermundistas, mujeres negras, chicanas y asiáticas, y agrupaciones de lesbianas levantaron una crítica al modelo binario de la separación entre lo público y lo doméstico. Para estas agrupaciones, la dependencia y confinamiento universal de las mujeres a la esfera doméstica, no era sino la extrapolación a otras realidades sociales de la experiencia de un reducido grupo de mujeres occidentales, blancas, heterosexuales, de clase media.¹² A partir de esta reacción, se empiezan a replantear las teorías anteriores y surgen propuestas teóricas más sensibles a la especificidad histórico-cultural y a las diferencias entre mujeres, rompiendo así el mito de la universalidad de la opresión femenina.

Teorías como el constructivismo social de Carol Vance (1989) atacaron los intentos totalizadores del feminismo setentista que desconocían tanto las obvias diferencias entre mujeres

como los contextos en que actúan. Para Vance, las diferencias sexuales deben ser entendidas a partir del sentido que les otorgan los diversos contextos y circunstancias en que se desarrollan. Esto demandaba un enfoque más relacional que tome en cuenta la multiplicidad de factores "extra-género", como la clase, la etnicidad, la raza o la religión en la determinación de las asimetrías sexuales. En otras palabras, no basta con examinar la situación, actividades o acciones de las mujeres sino de descubrir el sentido (en términos weberianos) que asumen estas acciones en el conjunto de la sociedad (Rosaldo, 1980).¹³

El giro postmoderno fue más allá, afirmando que el sujeto mujer/es no es únicamente una construcción social y cultural sino fundamentalmente una identidad política en constante redefinición. (Butler, 1990, 1992, Scott, 1990, Haraway, 1991). El sentido de lo femenino y lo masculino no está fijado ni en el tiempo ni en el espacio sino que se redefine permanentemente de acuerdo principalmente a las necesidades del poder; se trata de averiguar porqué categorías como la de género han sido

12. Esta crítica ha sido levantada desde espacios muy diversos. Para una crítica a la visión occidental de las mujeres tercermundistas ver Chandra Mohanty, "Under Western eyes. Feminist Scholarship and colonial discourses" en *Feminist Review*, 30, 1988, 61-88. La crítica desde el feminismo negro norteamericano ha sido liderada por bell hooks, *Feminist Theory. From Margin to Center*, South End Press, 1984. Ver también Gloria Hull, Patricia Bell Scott, Barbara Smith (eds.) *All the Women are White, All the Men are Black, But some of Us are Brave. Black Women's Studies*, Feminist Press, Nueva York, 1982. Los trabajos de Gloria Anzaldúa y Cherrie Moraga, desde la crítica literaria, ejemplifican la reacción de las feministas chicanas y latinas, ver *This Bridge Called My Back. Writings by Radical Women of Color*, Persephone, Massachusetts, 1981. El muy influyente artículo de Adrienne Rich "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence" (*Signs*, Vol.5, No. 4, Verano 1980, ppg. 631-660) presenta la crítica de la confusión de lo heterosexual con lo universal.

13. Ver Karen Sacks "Toward a Unified Theory of Class, Race and Gender" en *American Ethnologist*, 1989, pgs.534-550.

acuñadas, producidas y restringidas por determinadas estructuras de poder (Butler, 1990, 1993). Para Butler, la división entre género y sexo es un mecanismo discursivo que ha servido para disfrazar como "natural" una construcción cultural: el sexo. De allí que el género no refleje un "ser substancial" sino "el punto de convergencia de un conjunto de relaciones histórica y culturalmente específicas" (Butler, 1991). Los planteamientos de Butler han producido, por un lado, una explosión de trabajos en el campo del análisis literario, la historia y la antropología, sobre la construcción social del cuerpo, la sexualidad y la maleabilidad de las identidades sexuales, y por otro, han abierto un debate político y epistemológico extremadamente rico sobre la construcción del sujeto del feminismo.¹⁴

En términos muy simplificados, Scott, Nicholson y Butler, parten de la crítica posmoderna a los enfoques binarios de conocimiento para cuestionar la búsqueda de un sujeto femenino unitario y de una "otredad" femenina, es decir la base epistemológica sobre la cual fue construida la teoría feminista. Para estas autoras, el origen y las causas de la dominación no deben constituir el punto de partida del análisis de las construcciones de género. Los esfuerzos analíticos deben más bien centrarse en de-construir las formas de dominación, develando su historicidad, su construcción cultural y

su vinculación con otras categorías sociales como clase o etnicidad, abandonando la búsqueda de causas universales, orígenes comunes y subjetividades femeninas integradoras (Scott, 1991). El principal aporte de Scott, y su punto de partida metodológico, es que además de reconocer a las diferencias de género como principios básicos de la organización social y como construcciones culturales, éstas constituyen y están constituidas por estructuras sociales jerárquicas. Se trata entonces de analizar las formas de construcción política de las diferencias de género y cómo las relaciones de género a su vez construyen el espacio de lo político. Para Scott, esto implica desentrañar el sentido (significado) que asumen las representaciones de lo masculino y lo femenino en determinados contextos históricos y culturales, asumiendo que estas construcciones emergen para dar sentido a una determinada relación de poder. En otras palabras, las preguntas no se agotan en averiguar cómo están históricamente construidas las relaciones de género sino **quien las construye y quien las cuestiona**.

En esta misma línea, Judith Butler (1990) plantea una "genealogía" del género, en el sentido foucaultiano, que dé cuenta no solamente de cómo el género surge a partir de las diferencias sexuales sino de cuando surge la idea misma de diferencias sexuales y

14. Para una aplicación de las ideas de Butler a la antropología cultural ver Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne (eds.) **Dislocating Masculinities**, Routledge, Londres, 1994. Los debates epistemológicos y políticos están sintetizados en **Feminist Contentions. A Philosophical Exchange**, (Routledge, Londres, 1995) que contiene artículos de Seyla Benhabib, Judith Butler, Drucilla Cornell y Nancy Fraser.

cómo éstas tomaron la forma de una oposición binaria hombre/mujer.¹⁵

Un tercer aporte, el más radical, que merece la pena reseñar es el de Donna Haraway por el alcance que tiene para entender a nuestras sociedades y a nuestras configuraciones de género en el contexto de la globalización. Al igual que Scott y Butler, Haraway plantea romper con las dicotomías de todo tipo y situarse en los márgenes, en los bordes, en las fronteras.¹⁶ Se trata de escapar de la totalidad orgánica y de una historia con origen (ya sea ésta la simbiosis pre-edipal, la bisexualidad, o el trabajo inalienado) (Haraway, 1992:192). Si las viejas formas de dominación normalizaron la heterogeneidad en base a polarizaciones tales como hombre/mujer o blanco/negro, civilizado/primitivo, cultura/naturaleza, público/privado, la era postmoderna en cambio deja fluir esa heterogeneidad. Consecuentemente, la dominación ya no funciona a través de la medicalización o la normalización, sino por medio del "networking" y las comunicaciones. Frente a esa dispersión de las formas de dominación, Haraway plantea una "utopía en la que la gente no experimente miedos frente a identidades parciales o puntos de partida contradictorios". En este marco, las identidades de género son definidas como

parciales, estratégicas y contradictorias y ante todo infinitas ("one is too few, two is only one possibility"). Es decir, el "ser mujer" no es un estado existente. No existen identidades o matrices naturales (ser mujer) sino afinidades construídas, "parentescos políticos, polyfonías". Así mismo, la clase social o la adscripción racial deben ser entendidas más como afinidades que como identidades.

En el contexto de la informática de la dominación, la situación de las mujeres es su integración/explotación en un sistema mundial de producción / reproducción y comunicación en que el hogar, el lugar de trabajo, el mercado, la arena pública, el cuerpo, pueden superponerse o dispersarse de manera polimorfa. De acuerdo a Haraway, la movilidad del capital y la nueva división inemacional del trabajo están entrelazadas con el surgimiento de nuevas colectividades y el debilitamiento de los grupos familiares. Estos procesos están atravezados por la raza y el género. Por ejemplo, el desplazamiento de hombres blancos, proletariados clásicos, de países desarrollados por mujeres tercermundistas "de color" en las transnacionales, ensambladoras e industrias orientadas a la exportación instaladas ahora en los países en desarrollo. Esta nueva

15. Thomas Lacqueur en **Making Sex**. (Harvard University Press, 1990) sostiene que la idea de "diferencias sexuales", de la existencia de dos sexos incomensurables y opuestos, es producto del siglo dieciocho, del pensamiento ilustrado y del liberalismo.

16. La reinterpretación que formula Cherrie Moraga del mito de la Malinche, de mujer diabólica, temida por los hombres a maestra de lenguas y ejemplo de supervivencia desde la marginalidad, es tomado por Haraway como un ejemplo del acto de escribir ya no en busca de un lenguaje común sino desde los bordes, desde la frontera, desde la contradicción, desde la ilegitimidad. (ver Cherrie Moraga, **Loving in the War Years**, South End Press, Boston, 1983) y Haraway (1990, pg.217-218).

relación laboral, que trae la economía de ensamblaje, la maquila y el trabajo a domicilio, ha modificado radicalmente la vida cotidiana de muchas mujeres a nivel mundial en lo referente a los aspectos reproductivos, los arreglos sociales para el cuidado de los menores, el debilitamiento de los vínculos comunitarios tradicionales, y la consecuente vulnerabilidad económica en edades avanzadas, y el consumo cultural. El trabajo mismo ha sido redefinido como femenino y feminizado independientemente de si es ejecutado por hombres o mujeres. Esta feminización del mercado de trabajo es cada vez más sinónimo de vulnerabilidad laboral y descalificación de la mano de obra, diluyéndose progresivamente el concepto de trabajador asalariado o proletario.¹⁷

En definitiva, el giro postmoderno, ha cuestionado muchos de los presupuestos del concepto de género al plantear que cualquier intento de constitución de un sujeto -mujer, negro/a, mujer negra, mujer lesbiana negra, etc., se produce en espacios sociales con determinadas economías de poder disputándose el control sobre la interpretación de la realidad. En ese sentido, para Butler y Haraway, las categorías hombre o mujer no son únicamente construcciones históricas sino posiciones permanentemente cuestionables y cuestionadas. Es decir no existen sujetos o identidades fijos o unitarios. La pregunta no es tanto cómo se han construido determinadas relaciones de género a partir

de diferencias sexuales sino cómo y cuándo se origina la idea misma de diferencias sexuales y cómo esa diferencia se plasmó en oposición binaria hombre/mujer.

Los enfoques de género en el campo de la historia

El impacto del pensamiento feminista en las formas de conocimiento podría, de acuerdo a MacIntosh (1983), dividirse en dos etapas fundamentales. En un período inicial la preocupación fundamental fue "llenar vacíos", corregir visiones masculinistas y crear nuevos tópicos de investigación a partir de las experiencias femeninas. Luego, en un segundo momento, se empieza a cuestionar el porqué de la existencia de ciertos vacíos y el análisis se centra en la búsqueda de nuevos paradigmas que den cuenta de la organización social del género. En esta segunda etapa cada disciplina empieza a redefinir los marcos teóricos y conceptuales. Este proceso está compuesto por dos dimensiones: 1) la transformación de los marcos conceptuales existentes y 2) la aceptación de estos nuevos conceptos por parte de los portadores de la tendencia predominante dentro de una determinada disciplina. (Stacey y Thome, 1985). El resultado ha sido muy diverso en cada disciplina, mientras la antropología feminista ha modificado presupuestos fundamentales dentro de su disciplina, la historia y la crítica literaria han logrado establecer nuevos

17. En este punto uno no puede dejar de pensar en los numerosos estudios sobre las maquiladoras en Centroamérica y Asia del sureste, y más cercanamente, en la situación de las trabajadoras de las plantaciones de flores y otros productos de agro exportación en nuestro país.

marcos conceptuales sin con ello influir en el quehacer central de sus respectivas disciplinas. A continuación examinamos cuáles han sido las diferentes etapas y alcances que ha tenido el enfoque de género en el quehacer historiográfico y las propuestas que se han levantado para trascender la getoización de la disciplina en una "historia de mujeres".

La historiadora Joan Scott identifica tres etapas fundamentales dentro del quehacer historiográfico: en un primer momento la preocupación fundamental fue restaurar a las mujeres como sujetos históricos (escribir "herstory"). Bajo la influencia de la historia social, la vida cotidiana se convirtió en el locus de las investigaciones sobre la mujer.¹⁸ Se trataba de rescatar el papel de la mujer en los procesos reproductivos, en el hogar y en la familia como espacios separados de la economía y la política, considerados dominios masculinos.

El centrar el análisis en la experiencia de las mujeres permitió por un lado, repensar convenciones aceptadas de periodización histórica y, por otro, reevaluar nociones evolucionistas de la historia de occidente como el paso de estructuras represivas hacia estructuras liberadoras. Para Joan Kelly (1977), por ejemplo, el Renacimiento no tuvo el significado emancipador para las mujeres que tuvo para

los hombres. Estas vieron restringidos sus espacios de acción y de poder y por tanto su estatus social no mejoró.¹⁹ Derivado de estos planteamientos surgiría una nueva concepción del cambio social paralela a las esferas de la política y la economía pero con una temporalidad diferente.

Entrampados en una historiografía que aislaba un mundo de mujeres del resto de procesos de cambio social, los historiadores empezaron a mirar al género -y ya no solo a las mujeres- como una categoría fundamentalmente relacional. Abundaron los trabajos descriptivos comparando la situación de mujeres y hombres en determinados momentos históricos que sirvieran para identificar situaciones de desigualdad y dominación en diversos espacios sociales. También se empiezan a combinar análisis de género con dimensiones de clase, etnicidad y raza con el fin de alcanzar una visión más acertada de la complejidad y especificidad de las categorías sociales.

En esta etapa se empiezan a confrontar dilemas tales como la superación de las dicotomías víctima/heroína o dominación/resistencia que caracterizaban la etapa anterior (Gordon, 1986) insistiendo en la recuperación de la diversidad de fuentes tanto de poder como de opresión en la vida de mujeres y hombres. En esta etapa ya no se trata únicamente de visibili-

18. Para Elizabeth Fox Genovese si bien la corriente europea de historia social dió un impulso definitivo al campo temático de la historia de mujeres, no debe ser considerada una historia en que las mujeres recobran su papel de sujetos de la historia, las mujeres son conceptualizadas más bien como actores-recursos en un esquema socio-económico más amplio. ("Placing Women's History in History" *New Left Review*, 133.)

19. Ver Joan Kelly, "Did Women Have a Renaissance" en *Women, History and Theory*, (Chicago: University of Chicago Press, 1984).

zar a las mujeres como actores históricos sino de reconstruir los sistemas de género que dividen los roles masculinos de los femeninos²⁰.

Scott propone superar estas tendencias, es decir la estrategia compensadora (herstory), la estrategia descriptiva y la estrategia aditiva (género + clase + etnicidad + raza, etc...) y plantear al género como una categoría integral de análisis. No se trata de saber qué dimensiones sociales nos sirven para entender las relaciones de género en una sociedad determinada sino qué nos dicen determinadas construcciones de género sobre la sociedad en que vivimos. En otras palabras, el análisis de las asimetrías de género debe servir de enfoque para estudiar fenómenos que no necesariamente se centren en la situación de las mujeres sino que informen sobre la sociedad en su conjunto. De esta manera se superarían las visiones parciales (una historia de mujeres, historia de la familia, historia del trabajo) en favor de una visión integral, fundamentalmente política, de cómo todas las esferas sociales, tanto públicas como privadas están permeadas por determinadas relaciones de poder que asignan jerarquías de género a las categorías sociales (Scott, 1990). Para esta autora, esta es la única forma de romper el aislamiento en el que está abocado el campo de la historia de mujeres, de salir de la getoiza-

ción e influir en los presupuestos básicos de la disciplina historiográfica.

Con Scott, volvemos a encontrar las concepciones postmodernistas que resaltan el carácter político de las categorías analíticas. Por otro lado, también se supera el "síndrome de la Otridad"; interpretaciones rígidas de mujeres victimizadas o heroínas; concepciones aisladas de lo privado respecto a lo público, y se intenta situar "el conflicto, la ambigüedad y la tragedia al centro del proceso histórico" (Elizabeth Fox Genovese, 1989).

Mujer, mujeres, género y desarrollo²¹

En la reconstrucción de la forma cómo se han articulado las problemáticas de género a la agenda del desarrollo desde los 70' intentaré establecer cuáles fueron los puntos de enlace con los planteamientos de la teoría feminista y más específicamente con la transición de una preocupación por los **orígenes de la subordinación** femenina hacia un enfoque centrado en interpretar las **formas de dominación**. En segundo lugar me centraré en la articulación de **género, medio ambiente y desarrollo sustentable**, trilogía que ha tomado un lugar central en las agendas de las agencias de desarrollo en los 90' y que está replanteando el debate de la relación entre mujeres y naturaleza.

20. A este respecto ver la compilación de Renate Bridenthal, Claudia Konz y Susan Stuard, **Becoming Visible** (Boston: Houghton Mifflin Company: 1987) que recoge ensayos sobre la construcción de sistemas de género desde la antigüedad hasta el movimiento sufragista de comienzos de siglo en Europa.

21. Una versión anterior de esta parte fue presentada en el VIII encuentro de historia y realidad económica y Social del Ecuador, Cuenca, noviembre de 1996.

Como lo mencionamos anteriormente, en los 70' la identificación entre mujer y naturaleza sirvió para interpretar la subvaloración de lo femenino en las representaciones culturales (Ortner, 1974). Actualmente, las preocupaciones por el medio ambiente y el manejo de recursos a nivel local han modificado esta identificación, dotándola más bien de un contenido normativo positivo. Se sostiene, por ejemplo, que las mujeres y sobre todo las mujeres campesinas, debido al carácter de sus actividades, han tenido históricamente una relación más cercana con la naturaleza, por lo tanto estarían en una posición privilegiada para manejar su entorno inmediato de manera integral y administrar de forma más armoniosa los recursos naturales (Shiva, 1989; Mies, 1988). Es así como en los 90' en el discurso del desarrollo, las mujeres pasaron de víctimas de la crisis ambiental a ser consideradas actores privilegiados en la solución de dichos problemas (Braidotti, 1994.)

Mujer y desarrollo

Antes de que la categoría género sea acuñada para denotar la construcción social y cultural de las diferencias sexuales, lo femenino y lo masculino era interpretado con las categorías de roles sexuales de la sociología parsoniana²². Lo femenino y lo masculino eran considerados dos partes complementarias, con sus res-

pectivas obligaciones y roles, de una unidad social homogénea: la familia nuclear. Para el funcionalismo existía concordancia entre las instituciones sociales, las normas que regulaban los roles sexuales y la formación de la personalidad. Si bien el feminismo sesentista atacó las teorías funcionalistas, su cuestionamiento estuvo dirigido a develar el carácter políticamente conservador, de defensa del status quo, más, en un primer momento, no atacó el concepto de roles sexuales. Al contrario, en el ámbito de las políticas públicas se multiplicaron las investigaciones sobre socialización e internalización de roles sexuales; se pensaba por ejemplo que los roles sexuales podían ser modificados al romper con "el sexismo" en el aula escolar (Connell, 1995:23).

Este fue también el marco interpretativo en el que se basaron las primeras articulaciones de la problemática de las mujeres al desarrollo. De acuerdo a Braidotti, puesto que se les reconocía únicamente un rol en el ámbito reproductivo, se diseñaron acciones orientadas a amas de casa al cuidado de menores. Esta es la etapa que Moser (1989) ha denominado el enfoque de bienestar. En este período abundan los programas de planificación familiar, salud infantil, nutrición, economía doméstica, etc... Es decir, se concebía al desarrollo como un proceso que debía fortalecer el papel de las mujeres como madres y esposas encargadas del espacio domésti-

22. Para Parsons los roles masculinos y femeninos se dividían en roles instrumentales vs. expresivos, dualidades que actuaban complementariamente en función del mantenimiento de la familia nuclear como institución social fundamental de las sociedades modernas. (*Family, Socialization and Interaction Process*).

co, entendido como el ámbito de lo no instrumental en el sentido de la teoría parsoniana. En definitiva, en este esquema, las mujeres eran vistas como beneficiarias del desarrollo en tanto cumplían un rol reproductivo en la economía mientras que su papel productivo era ignorado. Cabe señalar que este enfoque permea todavía muchos de los programas de acción orientados hacia las mujeres (por ejemplo programas de costura, tejidos, salud materno infantil, etc...)

Con el trabajo de Esther Boserup *Women's Role in Economic Development* (1970), se "visibilizó" el papel productivo de las mujeres, sobretudo en la agricultura. Boserup demostró que las mujeres no se beneficiaban automáticamente del desarrollo sino que al contrario, en muchos casos más bien su situación se había deteriorado. Mientras los hombres se vinculaban progresivamente a los proyectos modernizadores de la agricultura, las mujeres permanecían en la agricultura de subsistencia, sin acceso a crédito, capacitación o tecnología. La conclusión de Boserup fue que la introducción de nuevos métodos de producción agrícola había tenido un impacto negativo para las mujeres al modificar la división del trabajo, desplazándolas de áreas tradicionalmente femeninas.

Boserup enfocaba esta problemática como un problema de equidad, se planteaba por ejemplo la necesidad de modificar la división del trabajo para

que las tareas domésticas sean compartidas igualitariamente, tema muy presente en el feminismo setentista, como lo vimos con Chodorow. Con ello se desmitificaba la idea de que el ingreso familiar favorecía a todos los miembros de la unidad doméstica por igual. A partir de entonces se abre un terreno muy fértil de investigaciones relacionadas con la toma de decisiones y las dinámicas intradomésticas. Trabajos que antes habían tomado como unidad de análisis al hogar o la familia para estudiar las estrategias de vida por ejemplo fueron entonces replanteados.²³

Es con el trabajo de Boserup que las mujeres empiezan a ser vistas como piezas fundamentales de las políticas de desarrollo. Surgen dentro de las agencias de cooperación internacional secciones separadas dedicadas a "mujer y desarrollo". Se constituyen departamentos especiales, se diseñan componentes específicos dentro de los proyectos y, finalmente, para comienzos de los años 80' aparecen en la mayoría de países del Tercer Mundo, las oficinas, secretarías y los ministerios de la mujer. Es decir en un período de 10 años se da un proceso de institucionalización de la problemática de mujer y desarrollo a nivel global.

A raíz de la 1ra conferencia sobre la mujer en la ciudad de México en 1975, la preocupación por la equidad se diluye cuando los gobiernos y

23. El trabajo de Lourdes Benería y Marta Roldán, *The Crossroads of Class and Gender: Industrial Homeworking, Subcontracting and Household Dynamics in Mexico City*, (Chicago: University of Chicago Press, 1987.) es un excelente estudio de las dinámicas intradomésticas y de su articulación con la economía capitalista. Contiene un capítulo teórico-metodológico muy útil.

las agencias de desarrollo plantean la necesidad de focalizar el problema de las mujeres en el contexto de la eradicación de la pobreza, considerando los problemas de desigualdad de género como dilemas del feminismo occidental que no correspondían a la realidad tercermundista. Desde esta perspectiva, las mujeres empezaron a ser enfocadas como un recurso esencial que había que explotar para lograr un desarrollo económico eficiente. Las mujeres se convierten, desde esta lógica instrumental, en principales receptoras de la asistencia con el fin de minimizar los efectos negativos del proceso de desarrollo económico (Braidotti, 1994, Moser, 1989).

Para Braidotti, en esta nueva articulación del tema mujer y desarrollo, se tiende a confundir equidad con participación. Al dejar intacta la división sexual del trabajo no se hace más que invertir jerarquías y, por lo tanto se reproduce el mismo esquema de dominación.

Uno de los efectos más importantes de este nuevo enfoque fue la excesiva carga de trabajo que recayó sobre las mujeres. Además del trabajo reproductivo, las mujeres participan de la producción y son responsables de la relación familiar con la comunidad, sin descuidar la asistencia a las reuniones del proyecto de desarrollo. Esta situación se agravó con el impacto que tuvo el ajuste estructural sobre las mujeres²⁴: por un lado, sufrieron desproporcionadamente el recorte de servicios públicos y de salud, por

otro lado, es el sector que mayoritariamente se empleó como fuerza de trabajo barata en el sector agroexportador. En definitiva, bajo este enfoque, los programas hacia las mujeres muchas veces significaron la superexplotación de su tiempo en época de crisis económica (Moser, 1990).

De mujer y desarrollo a género y desarrollo

La principal crítica al modelo anterior fue levantada por organizaciones de mujeres tercermundistas, especialmente por DAWN (Development with Women for a New Era), que en varios foros denunció la falta de alternativas que el modelo presentaba a las mujeres. Para DAWN la articulación de las mujeres al desarrollo se habla limitado al dilema de inclusión o exclusión a un modelo constituido a priori, sin su participación. Esto se debía fundamentalmente a un problema de poder, o más bien de falta de poder. De estas discusiones surgió la necesidad de fortalecer espacios autónomos para las mujeres, como un requisito e instrumento fundamental de transformación de las relaciones de género. Esto es lo que se denominó el "empoderamiento". Solo cuando las mujeres logren controlar sus vidas (acceso a recursos) y su sexualidad (políticas reproductivas centradas en la mujer) se modificará su relación con los hombres y con las instituciones sociales. Este nuevo enfoque construye un nuevo rol para las mujeres y

24. Para un análisis de la "triple jornada" y del impacto del ajuste estructural en mujeres pobres urbanas en el caso Ecuatoriano ver Caroline O. Moser, "Adjustment from Below: Low Income Women, Time and the Triple Role in Guayaquil, Ecuador", 1990.

fundamentalmente desplaza el centro de acción hacia las relaciones de género (y no solamente las mujeres).

Es decir, en un primer momento la integración al desarrollo fue el principal objetivo y los medios para lograrla eran la participación de las mujeres y la entrega directa de beneficios específicos. En el enfoque del empoderamiento, en cambio se busca potenciar iniciativas de desarrollo que transformen las relaciones sociales en general y de género en particular. Este discurso ha logrado cada vez mayor legitimidad en las agencias de desarrollo y se han producido, como 10 años atrás, cambios institucionales importantes. Ya no sólo se priorizan proyectos con beneficiarias mujeres sino que se busca incrementar la participación de mujeres en la ejecución de los mismos. (Braidotti, 1994).

Para Braidotti este modelo no alcanza verdaderamente el cambio que se propone fundamentalmente porque los cuestionamientos feministas sobre la división sexual del trabajo son ignorados; muy pocos programas de desarrollo se orientan por ejemplo a reformular el trabajo reproductivo del hombre. Además, en la práctica la adopción de "una perspectiva de género y de empoderamiento" se reduce a incrementar el número de mujeres en los diversos componentes del proyecto de desarrollo y descuida los objetivos originales. Es decir, se mantiene la visión instrumental que se criticaba del modelo anterior.

Género, medio ambiente y desarrollo sustentable

Conjuntamente con el giro de "mujeres" a "género", los problemas am-

bientales copan progresivamente la agenda del desarrollo. La articulación entre género y medio ambiente se da en el contexto de la crisis del paradigma de crecimiento económico y la búsqueda de nuevos discursos normativos sobre el significado del desarrollo y del proyecto modernizador en su conjunto. Este matrimonio gira en torno a la conexión entre dominación de las mujeres y dominación de la naturaleza.

Como alternativa al modelo de desarrollo anterior, centrado en la productividad económica, se empieza a mirar al desarrollo como un problema de manejo de recursos básicos (agua, combustible, vivienda, el número de hijos). Esta nueva concepción de micro desarrollo otorga un papel fundamental a las mujeres, vistas como actores privilegiados en el manejo de recursos ambientales.

Junto a estas nociones, se han planteado varias propuestas de desarrollo alternativo centradas en la superación de problemas ambientales y de desigualdad de género simultáneamente. Vandana Shiva (1989) por ejemplo, plantea un modelo basado en lo que denomina el "principio femenino" (la producción de vida como cualidad esencialmente femenina). Para Shiva, las mujeres han acumulado a lo largo de la historia un conocimiento acerca de los procesos naturales que es esencialmente diferente y más apropiado que el de los hombres. Por ello, la relación de las mujeres con la naturaleza tendería a la armonía, reciprocidad y equilibrio. Existiría una especie de simbiosis esencial entre mujeres y naturaleza debido a la interdependencia que se establece en el proceso de procreación y de

supervivencia. Más aún, las mujeres pobres, tercermundistas y no occidentales, principales víctimas de las crisis ambientales y de desarrollo, siempre han sobrevivido, con, sin o en contra de los proyectos de desarrollo. Ellas han sido las mejores estrategias en la superación de situaciones de crisis, no sólo ahora sino en el pasado. Para ello se han valido fundamentalmente de instrumentos y valores provistos por la cultura local. Puesto que han sido focos de resistencia y supervivencia son ahora ellas las portadoras de un modelo alternativo. Encontramos en el planteamiento de Shiva una idealización de las formas de producción no capitalistas por un lado, y una romantización de las relaciones de género en sociedades tradicionales. En este contexto, el empoderamiento se da en el marco de una división sexual del trabajo tradicional acompañada de representaciones de género tradicionales también. Existe una idealización y no una deconstrucción de lo local y de lo tradicional. Esta visión fija de las configuraciones de género se contraponen con la fluctuación de las posiciones estructurales de hombres y mujeres en las circunstancias actuales de mundialización de la economía descritas por Haraway.

Existen en estos planteamientos claras reminiscencias de los enfoques setentistas revisados en la primera parte: la búsqueda fundacional de una experiencia femenina esencial y la tendencia a construir posturas ahistóricas y homogenizantes. De allí se derivan posiciones normativas que no hacen sino repetir, con otros contenidos, los errores atribuidos al feminismo occidental setentista que generalizó la específica subordinación de las

mujeres de clase media de los países centrales al resto del planeta. Si bien la imagen de la mujer tercermundista como la intersección de todas las formas de dominación posibles (sexual, racial, de clase, de casta, por nacionalidad, religión, etc) ha servido para incluir una voz diferente al discurso del desarrollo, resulta problemática al no reconocer la diversidad de experiencias femeninas y masculinas en el tercermundo. Esta representación, retomando a Haraway, no hace más que recrear una nueva "Otrredad" esencialista tendente a homogenizar la diferencia.

Conclusion

A manera de síntesis se puede decir que los significados en disputa sobre el concepto de género giran en torno a la definición de cuál es el sujeto que se busca interpelar: la Mujer, las mujeres, las mujeres y los hombres, o ningún sujeto unificado en especial. La trayectoria del concepto revela tres formas de constitución de un sujeto: el género como sujeto unificado, como sujeto construido y como sujeto de-construido. El primero respondió a las necesidades del momento: el volver visible un conjunto de realidades que las categorías analíticas tradicionales habían mantenido rezagadas. Esto se lo hizo a base de una construcción binaria fija y esencialista que contraponía la Mujer al Hombre. En este marco se sitúan los intentos estructuralistas, marxistas y psicoanalíticos (de la escuela de las relaciones objetales) por explicar la subordinación femenina y la valoración de la experiencia femenina. El segundo—el género como sujeto construí-

do—permitted to imagine not only the woman but also the women and even the men, in relational form. This tendency, represented by social constructivism, sought to define the subject starting from the historical, social and cultural specificities in which it developed. With it a new set of definitions for the relations of gender, some of them contradictory, emerged, not with a fixed subject but historically situated. The third, the de-constructed subject, introduces the problem of power, of control over meaning in the forms of knowledge. Women and Men are not only historical constructions, carriers of a point of view, but also constitute social positions in time and space that can be questioned and modified. The question of how to construct the relations of gender to investigate who constructs them and for what.

These three moments produced a determined type of investigations and areas of study. The first looked at the reproductive space as the locus of the gendered approaches (the home, the family, the domestic work, the mother/child, etc.). The second introduced other categories such as race and social class. With it, the gender began to populate the world of the public, becoming relational, historical, changing and tolerant of differences. In the third moment, the gé-

nero destroys the dichotomies and the frontiers; it is not about studying women and men but about investigating in the first instance the origin of a determined configuration of gender and of using the concept as an analytical category to understand the society as a whole.

The step of gender as subject unified to a partial, fragmented, contextual and without universalist pretensions has been the product of the need to search for new theoretical instruments that allow to overcome the compartmentalization in which the studies of gender fell, in all social disciplines, in the first moment. In effect, if well the gender as descriptive category helped to make visible with empirical experiences and spaces feminine that did not fit in the traditional schemes of interpretation, this search for a femininity that transcended that use of descriptive and to conceive the gender as analytical category that manages to dismantle fundamental paradigms in each discipline and to serve as interpretative instrument in any social space.

REFERENCIAS

- Anzaldúa Gloria y Cherrie Moraga, **This Bridge Called My Back**. Writings by Radical Women of Color. Persephone, MA, 1981.
- Benería Lourdes y Roldán Marta, **The Crossroads of Class and Gender**, University of Chicago Press, 1987.

- Benhabib Seyla, **Situating the Self**, Routledge, Nueva York, 1992. (ed.) **Feminist Contentions. A Philosophical Exchange**, Routledge, Nueva York, 1995.
- Bridenthal, Renate, Konz Claudia y Stuard Susan, **Becoming Visible. Women in European History**, Houghton Mifflin Company, Boston, 1987.
- Butler, Judith, **Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity**, Routledge, Nueva York, 1990.
- "Contingent foundations: Feminism and the question of postmodernism" en Butler y Scott (eds.), **Feminists Theorize the Political**, Routledge, Nueva York, 1992.
- Braidotti, Rosi et al., **Women, the Environment and Sustainable Development**, Zone Book-INSTRAW, Londres, 1994.
- Chodorow, Nancy, **The Reproduction of Mothering**. University of California Press, Berkeley, 1978.
- Connell, R.W., **Masculinities**, Allen and Unwin, 1995.
- Cornwall, Andrea y Lindisfarne Nancy, **Dislocating Masculinities**, Routledge, Nueva York, 1994.
- Engels, F., **The Origin of the Family, Private Property and the State** (1884). International Publishers, Nueva York, 1972.
- Fox-Genovese, Elizabeth, "Placing women's history in history" **New Left Review**, 133.
- Franco, Jean, "The Gender wars" **NACLA**, XXIX (4), 1996.
- Gilligan, Carol, **In a Different Voice**, Harvard University Press, 1982.
- Gordon, Linda, "What's new in women's history?", en De Lauretis (ed.), **Feminist Studies/Critical Studies**. Indiana University Press, 1986.
- Haraway, Donna, "A Manifesto for cyborgs. Science, technology and Socialist Feminism in the 1980" en Nicholson (de.), **Feminism/Postmodernism**, Routledge, Nueva York, 1990.
- Simians, Cyborgs and Women**, Routledge, Nueva York, 1992.
- hooks, bell, **Feminist Theory, from Margin to Center**, South Esn Press, 1984.
- Hull, Gloria, Scott, Patricia B. y Smith Barbara (eds.), **All the Women are White, All the men are Black, But Some of Us are Brave**, Feminist Press, Nueva York, 1982.
- Kelly, Joan, **Women, History, and Theory**, University of Chicago Press, 1984
- Leacock, Eleanor, Introduction en **The Origin of the Family, Private Property and the State**, International Publishers, Nueva York, 1972.
- "Women's status in egalitarian society: Implications for social evolution, **Current Anthropology** 19 (2): 247-275, 1978.
- "Interpreting the origins of gender inequality: Conceptual and historical problems, **Dialectical Anthropology** 7, 1983.
- Lacqueur, Thomas, **Making Sex. Body and Gender from the Greeks to Freud.**, Harvard University Press, Boston, 1990.
- McKinnon, Katherine, "Feminist discourse, moral values and the Law. A Conversation." **Buffalo Law Review**, 34 (1), 1985.
- McIntosh, Peggy, "Interactive phases of curricular revision: a feminist perspective." Working Papers Series, Wellesley College Center for Research on Women. 1983.
- Mohanty Chandra, "Under western eyes. **Feminist Scholarship and colonial discourses**" en **Feminist Review**, 30, 1988.
- Moraga, Cherrie, **Loving In the War Years**, South End Press, Boston, 1983.
- Moser, Caroline O., "Adjustment from below: low-income women, time and the triple role in Guayaquil-Ecuador" en **VIVA**, 1990.
- Nicholson, Linda, "Women, morality and history", **Social Research**, 50 (3), 1983.
- Gender and History**, Columbia University Press, Nueva York, 1986.
- "Interpreting Gender", en **SIGNS**, (20), Verano 1995.

- Ortner, Sherry, "Is Female to Male as Nature is to Culture?" en **Woman, Culture and Society**, Stanford University Press, 1974.
- Rich Adrienne, "Compulsory heterosexuality and lesbian existence" **SIGNS**, (5), 1980.
- Rosaldo, Michelle, "Woman, culture and society. A theoretical overview. en Rosaldo y Lamphere (eds.), **Woman, Culture and Society**, Stanford University Press, 1974.
- "The use and abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and cross-cultural understanding", en **Signs** 5(3), 1980.
- Sacks, Karen, "Engels revisited: women, the organization of production, and private property", en Rosaldo y Lamphere (eds.), **Woman, Culture and Society**, Stanford University Press, 1974.
- "Toward a unified theory of class, race and gender", **American Ethnologist**, 1989.
- Shiva, Vandana, **Staying Alive**, 1990.
- Silverblatt, Irene, "Interpreting women in states" en Di Leonardo (ed.), **Gender at the Crossroads of Knowledge. Feminist Anthropology in the Postmodern Era**, University of California Press, Berkeley, 1991.
- Stacey Judith y Thorne Barrie, "The missing Feminist revolution in Sociology", **Social Problems**, 32 (4), 1985.
- Stacks Carol B., "Different voices, different visions: Gender, culture and moral reasoning" en **Women of Color in US Society**, Temple University Press, Philadelphia, 1994.
- Vance, Carol. "Social construction theory: problems in the history of sexuality" en Dennis Altman (ed.) **Homosexuality, Which Homosexuality?** GMP Publishers, Londres, 1989.

E.I.A.L.

Publicada en español, portugués e inglés, E.I.A.L. es una revista interdisciplinaria dedicada al estudio de América Latina y el Caribe en el siglo XX.

Cada año, uno de los números se dedica a una temática específica, previamente anunciada, en tanto que el otro número recoge un compendio de artículos varios.

Temas de los números publicados

Vol. 1, nos 1 & 2:

Nacionalismo en América Latina

Vol. 2, no. 1:

Movimiento obrero en América Latina

Vol. 2, no. 2:

España y América Latina

Vol. 3, nos. 1 & 2:

La inmigración en el siglo xx

Vol. 4, nos. 1 & 2:

Democratización en América Latina

Vol. 5, nos. 1 & 2:

Identidades en América Latina

Vol. 6, nos. 1 & 2:

América Latina y la Segunda Guerra Mundial

Universidad de Tel Aviv. Aranne School of History. P.O.B. 39040.

Ramat Aviv (69978) - Israel